

# El papel de los gladiadores en la trama criminal de los idus de marzo del 44 a.C. según la *Βίος Καίσαρος* de Nicolás de Damasco

Sabino PEREA YÉBENES

Universidad de Murcia

[sperea@um.es](mailto:sperea@um.es)

## RESUMEN

Tomando como punto de partida la obra de Nicolás de Damasco titulada *Βίος Καίσαρος*, que relata los últimos momentos de la vida de Julio César y los primeros años de la vida política de Octaviano, se reúnen y analizan las noticias que este autor (que escribe en época de Augusto) da sobre el papel de los gladiadores el día de los idus de marzo del año 44 a.C. Éstos, que habían sido reclutados por los conjurados, sirvieron para cubrir la retaguardia del golpe y servir de escoltas armados a los cabecillas en su marcha al Capitolio y al Foro. Gladiadores y esclavos fueron la “primera clientela política” de los asesinos, y un reflejo, en fin, de la escasa respuesta social que los conspiradores encontraron en la Urbe.

**Palabras clave:** Muerte de Julio César. Complot criminal. Gladiadores. Esclavos. Nicolás de Damasco como fuente. Cicerón.

## The role of gladiators in the criminal plot of the Ides of March 44 BC according Nicholas of Damascus *Βίος Καίσαρος*

## ABSTRACT

Taking as starting point the work of Nicolaus of Damascus entitled *Βίος Καίσαρος*, which relates the last moments in the life of Julius Caesar and the first years in Octavianus' political career, my intention here is to collect and examine the news given by this roman author (who wrote in the time of Augustus) about the role played by the gladiators during the Ides of March in the year 44 BC. These gladiators, who had been recruited by the conjurers, served to protect the rearguard of the pro-coup side and also as an armed escort of the rebel leaders during their march towards the Capitol and the Forum. Finally, gladiators and slaves were the “first political clientele” of the murderers, so they reflect the scarce social support that conspirators found in the city of Rome.

**Key words:** Death of Julius Caesar. Plot. Gladiators. Slaves. Nicholas of Damascus as source. Cicero.

**BRUTUS:**

Grant that, and then is death a benefit:  
 So are we Caesar's friends, that have abridg'd  
 His time of fearing death. – Stoop, Romans, stoop,  
 And let us bathe our hands in Caesar's blood  
 Up to the elbows, and besmear our swords:  
 Then walk we forth, even to the market-place,  
 And, waving our red weapons o'er our heads,  
 Let's all cry 'Peace, freedom, and liberty!'  
 Shakespeare, *Julius Caesar*, Act III, scene I.

Puede parecer redundante presentar “otro” estudio sobre los celeberrimos acontecimientos que ocurrieron en Roma el día de idus de marzo (*et pridie*) del 44 a.C., cuyo trágico colofón fue la muerte de Julio César. Los hechos son bien conocidos. La bibliografía sobre César y su biografía es inmensa. Pero son pocos los trabajos que analizan pormenorizada y críticamente los acontecimientos de los idus, y menos, o inexistentes, son los que tratan aspectos puntuales de la conjura, cual es, como en esta ocasión, el papel de los gladiadores en la trama. En este mercado de precariedades, más grave aún me parece –por reiterativa– la ignorancia que demuestran casi todos los investigadores actuales hacia una de las fuentes principales para los últimos momentos de la vida de César, Nicolás de Damasco, que realiza un detallado y extenso relato de los hechos en la primera parte de su *Βίος Καισαρος*.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Así, un autor de éxito reciente, Adrian Goldsworthy, en su biografía “definitiva” de César (GOLDSWORTHY 2007; original: *Caesar. The Life of a Colossus*, 2006), ¡en casi 800 páginas!, ignora por completo a Nicolás. La misma omisión la vemos en el reciente, y específico libro sobre el tema, de St. Dando-Collins, otro subproducto más de este mediocre historiador que tiene, paradójicamente, gran éxito de público, y que en este caso reconstruye el complot que acabó con la vida de César como una especie de diario minucioso, aunque manejando las fuentes tópicas (DANDO-COLLINS 2010). Y lo mismo podríamos decir de autores más académicos y más cercanos. La lista sería interminable; pero citaré únicamente algunos ejemplos. Así BAÑOS BAÑOS 1998, un extenso trabajo específico sobre los idus de marzo, que ofrece un sentido casi “policíaco” del magnicidio, sin el más mínimo rastro de la obra de Nicolás. La misma orientación y las mismas carencias tiene el libro, concreto sobre el tema, de PARENTI 2005. Y la misma crítica puede hacerse al erudito libro colectivo coordinado por G. Urso (URSO, ed., 2000). Llama poderosamente la atención que un libro vigoroso y solvente sobre Cicerón, el de UTCHENKO de 1978, escrito desde la óptica marxista, que hace una acérrima crítica a las aristocracias decadentes de finales de la República, en un largo capítulo dedicado a los idus de marzo del 44 y sus consecuencias (UTCHENKO 1978, 253-294), tampoco haga la más mínima alusión al papel de los gladiadores y esclavos el día del magnicidio, temas tan queridos por esta escuela historiográfica. Excepción es Luciano Canfora, que escribió en 1999 una de las mejores biografías recientes sobre César (traducida al español, CANFORA 2000). Este autor consulta la obra de Nicolás, de la que da a veces traducciones de párrafos importantes (por ejemplo, CANFORA 2000, 306-309) para ilustrar el ambiente político en Roma en los últimos días de César. Sin embargo, sorprendentemente, omite el relato del Damasceno en el día mismo del asesinato de César (CANFORA 2000, 356-362); no hay la más mínima alusión a los gladiadores y esclavos en la trama de la conjura, en lo que él denomina “la dinámica del tiranicidio”, relato, al que, sin embargo, remito sinceramente para la descripción de los hechos, la combinación de (casi todas) las fuentes, y una lectura en clave política “canforiana”.

En esta ocasión, Nicolás va a ser nuestro principal informador, por ser el más cercano a los acontecimientos.<sup>2</sup> Contrastaremos sus noticias con las de otros historiadores antiguos más conocidos, como son Veleyo, Plutarco, Apiano y Casio Dión.

En su relato del asesinato de César, Suetonio (*Caes.* 81-82), no menciona ni una sola vez a los gladiadores; algo verdaderamente sorprendente, cuando sabemos que su acción, si no definitiva, sí fue muy importante, dando cobertura armada a los conjurados. Tampoco se les menciona en lo que queda del libro 116 de la *Historia romana* de Livio en las *periochae*. Nicolás no es un historiador interesado en aspectos militares o gladiatorios.<sup>3</sup> Sin entrar en detalles específicos, de éstos únicamente le interesa indicar su participación en el complot, particularmente apoyando la acción criminal de uno de los Brutos conjurados: Décimo Junio Bruto Albino, a la sazón hombre de confianza de César y *consul designatus*.

Precisamente por esta relación de cercanía, los conjurados asignaron a Décimo Bruto un papel especial: no perder de vista a César desde la salida de su casa, y hacer todo lo posible porque se dirigiera a la curia de Pompeyo<sup>4</sup> para empezar la reunión del senado en este lugar, como se había previsto. No era misión fácil, pues la noche anterior a los idus había sido verdaderamente de pesadilla. Tanto César<sup>5</sup> como su esposa, Calpurnia,<sup>6</sup> tuvieron en sueños presagios funestos.<sup>7</sup> Desde el momento en que Décimo Bruto sacó literalmente “de la mano” a César de su casa hasta la puerta para, desde aquí, dirigirse a la curia, el paseo –indudablemente vigilado por espías de los

<sup>2</sup> Los fragmentos de la *Bίος Καίσαρος*, de Nicolás, reproducidos en el presente estudio son traducción mía (PEREA YÉBENES 2006).

<sup>3</sup> De Nicolás se conserva otra noticia relativa a los gladiadores, que debe ser considerada anecdótica, o enmarcada en el interés –presente en toda la obra del Damasceno– de traer a colación costumbres que sirvan como modelo de aprobación o de reprobación moral, de buena educación o de sevicia. La noticia, con regusto anticuario romano, la encontramos en un autor del siglo III d.C., Ateneo. Cabe pensar, pues, que la *Historia Universal* de Nicolás de Damasco aún circulaba, o al menos en parte. Ateneo recuerda que en el libro 110 de su *Historia*, el Damasceno cuenta la costumbre de los romanos de que durante los banquetes se disputaran combates de gladiadores (παρὰ τὸ δεῖπνον συμβάλλειν μονομαχίας): τὰς τῶν μονομάχων θεὰς οὐ μόνον ἐν πανηγύρεσι καὶ θεάτροις ἐποιοῦντο Ῥωμαῖοι, παρὰ Τυρρηνῶν παραλαβόντες τὸ ἔθος, ἀλλὰ καὶ ταῖς ἐστιάσεσιν. ἐκάλουν γοῦν τινες πολλάκις ἐπὶ δεῖπνον τοὺς φίλους ἐπὶ τε ἄλλος καὶ ὅπως ἂν δύο ἢ τρία ζεύγη ἴδιοι ἐνομάχων, ὅτε καὶ κορεσθέντες δεῖπνον καὶ μένης εἰσεκάλουν τοὺς μονομάχους, καὶ ὁ μὲν ἅμα ἐσφάττετο, αὐτοὶ δ' ἐκρότουν ἐπὶ τοῦ ἡδόμενοι. ἤδη δέ τις καὶ ταῖς διαθήκαις γέγραπεν γυναῖκας εὐπρεπεστάτας μονομαχησαί ἅς ἐκήκρητο, ἕτερος δὲ παιδας ἀνήβους ἐρωμένους ἑαυτοῦ. ἀλλὰ γὰρ οὐκ ἠνέσχετο ὁ δῆμος τὴν παρανομίαν ταύτην, ἀλλ' ἄκυρον τὴν διαθήκην ἐποίησεν. «Los romanos no solo celebran los espectáculos de gladiadores en reuniones solemnes y teatros, tomando la costumbre de los etruscos, sino también en los festines. En efecto, a menudo se invitaba a cenar a los amigos, entre otros alicientes, para que pudieran ver dos o tres parejas de gladiadores, y una vez estaban ahitos de cena y bebida, mandaban venir a los luchadores. En cuanto alguno era degollado, aplaudían encantados por ello. Y ya se ha dado el caso de que alguno dejara escrito en el testamento que se enfrentaran en combate las mujeres más hermosas que poseía. Y otro, que lo hicieran esclavos impúberes, favoritos suyos. Pero el pueblo no toleró esta violación de la ley, sino que declaró nulo el testamento». Nicolás de Damasco F 90, 78 Jacoby (JACOBY 1961 (§90 Nikolaos von Damascos, 328-390; 427-430) = Athen. *Deipn.* IV 153F. La traducción es de RODRÍGUEZ-NORIEGA 1998).

<sup>4</sup> Suet. *Caes.* 81, 4.

<sup>5</sup> Suet. *Caes.* 81, 3.

<sup>6</sup> Suet. *Caes.* 81, 3; Plut. *Caes.* 63, 8-9.

<sup>7</sup> Y la noche de la víspera, César tuvo una cena amistosa en casa de Lépido, donde –¿casualmente?– surgió la conversación acerca de cuál era el tipo preferido de muerte. Cuando le tocó hablar a César, comentó que prefería sin duda “una muerte inesperada y rápida” (Suet. *Caes.* 87, 1).

conjurados— estuvo plagado de incidentes y aún por más anuncios divinos, como la admonición del arúspice Espurinna.<sup>8</sup> Aunque el principal problema parecía estar en el propio César, que prestó poca atención a las señales divinas. En su fuero interno César no creía ciegamente en los presagios; tenía una mente laica,<sup>9</sup> era un militar y un hombre de Estado, aunque siempre fue consciente de la importancia que tenía exacerbar en el ámbito público el artificio de las supersticiones y manías religiosas que secularmente inundaba la historia cotidiana, y política, de los romanos.

En el camino de los conjurados, desde sus casas hasta la curia, también hubo incidentes de distracción que pusieron a prueba su sangre fría. Pero allí se concitaron todos, verdugos y víctimas. Por emplear una frase del propio César en otro momento y lugar, “la suerte estaba echada”.<sup>10</sup>

La razón que aporta Suetonio para la elección de la curia de Pompeyo como lugar de reunión senatorial ese día, y del magnicidio, es anecdótica, por no decir estúpida.<sup>11</sup>

Verosímilmente la elección de la curia pompeyana para la convocatoria del senado, en sesión que debía ser presidida por César, no fue improvisada —sino más bien inducida, propuesta, con tiempo suficiente, por los conjurados—, y respondía a necesidades muy concretas logísticas por su proximidad al teatro.<sup>12</sup> De hecho, formaban parte del mismo conjunto arquitectónico.<sup>13</sup>

<sup>8</sup> Suet. *Caes.* 81, 4.

<sup>9</sup> CANFORA 2000, 357.

<sup>10</sup> No voy a repetir el relato bien conocido por muchas fuentes sobre el apuñalamiento de César: Nic. Damasc. *Bíos Kaίσαρος*, 88-90; Liv. *Per.* 116; Plut. *Caes.* 66, 4-14; *Brut.* 17, 3-5; Suet. *Caes.* 82, 1-2; Apiano, *B. Civ.* II, 117; Cass. Dio XLIV, 19, 3-5.

<sup>11</sup> Suet. *Caes.* 81, 3: *pridie autem easdem Idus avem regalium cum laureo ramulo Pompeianae curiae se inferentem volucres varii generis ex proximo nemore persecutae ibidem discerpserunt*, «la víspera de estos mismos idus, aves de especies diferentes salidas de un bosque próximo se lanzaron en persecución de un reyezuelo que llevando una ramita de laurel se dirigía volando al salón de actos de Pompeyo y lo despedazaron allí mismo». La “destrucción” de la rama de laurel es una metáfora de la destrucción de la “corona” cesariana como símbolo de la *affectedio regni* de que se acusaba al dictador. Es verdad que los romanos daban mucha importancia a los presagios anunciados por las aves, pero de ningún modo puede tomarse en serio esta anécdota —que es, sin duda, un cuento recreado *a posteriori*, en línea con la rancia tradición supersticiosa romana mediante la cual los dioses dirigen la vida y la política de los romanos, y su destino, a través de este metalenguaje ornitológico—, fuera de toda lógica y de todo pragmatismo político. Acerca del uso religioso y simbólico de las aves por Augusto y en su época, vid. MONTERO HERRERO 2006. Sobre los prodigios y *omina* en los últimos días de vida de César: MONTERO HERRERO 2000.

<sup>12</sup> PARETI 1955, 350.

<sup>13</sup> Sobre el monumento, PLATNER – ASHBY 1929, 515-517; y ahora la monografía de MONTERROSO CHECA 2010, interesante para el estudio de la fábrica y conjunto arquitectónico, aunque ajeno a los episodios históricos que ocurrieron entre aquellas paredes. Plin. *NH* XXIV.39; XXXVI.115; *Res Gestae* IV.9; Suet. *Tib.* 47; Claud. 21; Tac. *Ann.* VI.45; Mart. VI.9; X.51.11; XIV.29.1, 166.1; Flor. IV.13.8; Cass. Dio XXXIX.38 y LXII.8. En el teatro tenían lugar no sólo representaciones dramáticas (cf. Cic. *ad Att.* IV.1.6; Hor. *Carm.* 1.20.3; Suet. *Nero* 13; Flor. II.13.91) sino también “dramáticas representaciones” de gladiadores y caza de animales (cf. Cic. *in Pis.* 65; Plin. *NH* VII.158; VIII.20; Plut. *Pomp.* 52).

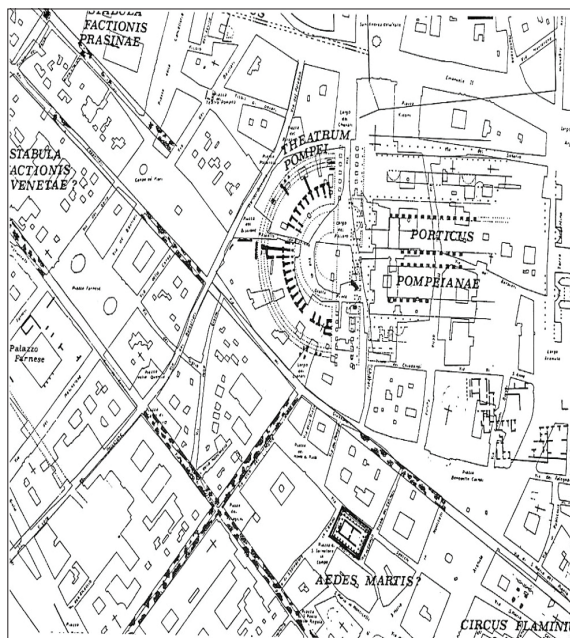


Fig. 1. Plano y situación del teatro y del pórtico de Pompeyo.

Parece que en el teatro se realizaban, coincidiendo con la fiesta de Anna Perenna, unos *ludi* gladiatorios, cuyo *munus* había pagado –¿y organizado previsoramente?– Décimo Bruto, de modo que a los conjurados les resultó muy fácil reunir allí un grupo numeroso de profesionales armados sin levantar la más mínima sospecha, preparados a actuar ante cualquier eventualidad. Estos gladiadores actuaban a las órdenes de Décimo Bruto. A los magistrados les era posible organizar *ludi* para ganarse a la plebe, como se deduce del diálogo entre Casio y Bruto, relatado por Plutarco, *Brut.* 10, en el que Casio indica a su interlocutor la costumbre de los pretores de ofrecer graciosamente «donativos, espectáculos y gladiadores», ἐπιδόσεις καὶ θεάτρα καὶ μονομάχους (*Brut.* 10, 6). Explícitamente indica Plutarco (*Brut.* 12, 5) que este Bruto «no era esforzado ni tenía un gran espíritu, pero contaba con el apoyo de un gran número de gladiadores que estaba manteniendo para darlos en espectáculo a los Romanos, y gozaba, además, de la confianza de César», ἄλλως μὲν οὐκ ὄντα ρέκτιν οὐδὲ θαρραλέον, ἐρωμένον δὲ πλήθει μονομάχων οὐς ἐπὶ θεᾷ Ῥωμαίων ἔτρεφε, καὶ παρὰ Καίσαρι πιστευόμενον, ἐδόκει προσάγεσθαι. Parece que Bruto los había comprado para sus propósitos revolucionarios. Nicolás (*Bíos* 98) nos dice que la concentración de gladiadores en el teatro no era casual ni inocente, sino muy bien meditada:

οἱ δ' αὐτόχειρες πολλοὺς πρὸ τοῦ ἔργου ἐτοιμασάμενοι μονομάχους, ἥνικα μὲν ἔμελλον ἐγχειρήσειν, ἵδρυσαν αὐτοὺς ἐν ὀπλοῖς μεταξὺ τοῦ τε βουλευτηρίου καὶ <τοῦ> θεάτρου ἐν τῷ Πομπηίου περιπάτῳ. ἦν δ' ὁ τούτους εὐτρεπίζων Δέκμος Βροῦτος, προφάσει μὲν ὡς ἐπ' ἄλλῳ, συναρπάσαι δὴ τινα βουλόμενος, ὡς ἔφη, τῶν εἰς τὸ

θέατρον συνιόντων μονομάχων, ὃς αὐτὸν ἐκείνῳ προαπεμίσθωσεν, (ἀγῶνες γὰρ τότε ἦσαν· οὓς δὴ καὶ αὐτὸς δώσειν μέλλων προσεποιεῖτο φιλοτίμως ἔχειν πρὸς τὸν τότε ἀγωνοθέτην) τῷ δ' ἔργῳ ἢ παρασκευῇ ἐγένετο ἐπὶ τὸν φόνον, ἴν', εἴ τ' ἀντικρούσεται τῶν Καίσαρι ἀμυνομένων, παρεῖη αὐτοῖς ἢ βοήθεια.

Los asesinos habían reunido a muchos gladiadores antes de decidirse a actuar, y en el momento del asesinato los habían colocado, armados, entre la Curia y el teatro, en el pórtico de Pompeyo. Los había llevado antes Décimo Bruto con el propósito, decía, de capturar a un gladiador de aquellos que iban a luchar en el teatro; a tal gladiador lo había aleccionado antes (entonces se desplegaron por las casernas de los gladiadores; puesto que él pretendía también organizar los juegos, andaba estratégicamente para dar cobertura al asesinato si los defensores de César hubiesen ofrecido resistencia por ahí fingiendo discutir con el organizador actual). En realidad los gladiadores habían sido situados estratégicamente para dar cobertura al asesinato si los defensores de César hubiesen ofrecido resistencia.

La misma idea la remacha Apiano, para quien estos gladiadores «habían sido armados a la mañana muy temprano para una exhibición en un espectáculo», οἱ τε γὰρ μονομάχοι, ὠπλισμένοι ἔωθεν ὡς ἐπὶ δὴ τινα θέας ἐπίδειξιν, y que posiblemente habían recibido instrucciones “para actuar” en el momento oportuno, pues, ¿a una señal?, «corrieron desde el teatro hasta las barreras del senado, y el teatro se quedó vacío de repente, sobrecogido por el terror», ἐκ τοῦ θεάτρου διέθειον ἐς τὰ τοῦ βουλευτηρίου παραφράγματα, καὶ τὸ θέατρον ὑπὸ ἐκλήξεως σὺν φόβῳ καὶ δρόμῳ διελύετο, τὰ τε ὄνια ἠρπάζετο (App. *B.Civ.* II, 118).

Casio Dión hace una sola alusión a los gladiadores el día del magnicidio, pero su relato esclarece su papel: sacar las armas si hubiese resistencia por parte de los soldados de la escasa guardia de escolta de César, ya que los conjurados iban “aparentemente desarmados”, aunque habían escondido varias espadas en un arcón al alcance de la mano. El asesinato estaba planeado hasta el detalle, y en ese momento crítico, los gladiadores, de hecho, se convirtieron en la contra-guardia pretoriana de los asesinos. Leemos en Cass. Dio 44, 16, 1-2:

<sup>1</sup> ἐδέδοκτο δὲ αὐτοῖς ἐν τῷ συνεδρίῳ τὴν ἐπιχείρησιν ποιήσασθαι. τὸν τε γὰρ Καίσαρα ἦκιστα ἐνταῦθα ὑποτοποῦντά τι πείσεσθαι εὐαλωτότερον ἔσσεσθαι, καὶ σφίσι εὐπορίαν ἀσφαλῆ ξιφῶν ἐν κιβωτίοις ἀντὶ γραμματείων τινῶν ἐσκομισθέντων ὑπάρξειν, τοὺς τε ἄλλους οὐ δυνήσεσθαι, οἷά που καὶ ἀόπλους ὄντας, ἀμῦναι προσεδόκων· <sup>2</sup> εἰ δ' οὖν τις καὶ τολμήσειε που, ἀλλὰ τοὺς γε μονομάχους, οὓς πολλοὺς ἐν τῷ Πομπηίῳ θεάτρῳ, πρόφασιν ὡς καὶ ὀπλομαχήσοντας, προπαρασκευάσαντο, βοηθήσειν σφίσι ἠλπίζον· ἐκεῖ γάρ που ἐν οἰκίματί τινι τοῦ περιστάφου συνεδρεῦειν ἔμελλον. καὶ οἱ μὲν, ἐπειδὴ ἡ κυρία ἦκεν, ἔς τε τὸ βουλευτήριον ἅμα ἔφ' συνελέγησαν καὶ τὸν Καίσαρα παρεκάλουν·

<sup>1</sup> Habían decidido consumir el golpe de mano en el senado, donde sería más fácil matar a César, ya que éste no podía sospechar que pudiera sufrir algún daño en este lugar. Contaban con la ventaja de poseer espadas, que habían ocultado en cajas en la habitación donde se custodiaban los documentos; los otros, al contrario, estarían desarmados. <sup>2</sup> Por si alguno se hubiera atrevido a oponer resistencia, *contaban con la ayuda de los gladiadores, que habían reunido en gran número en el teatro de Pompeyo con el pretexto de que debían combatir: habían recibido la orden de quedar encerrados en*

*una sala del peristilo*. Los conjurados pues, cuando llegó el día acordado, se reunieron a primera hora del día en el senado y mandaron llamar a César.

En los textos del Damasceno, complementados por los demás señalados, queda muy claro en quién buscaban apoyo, en la Urbe, los conjurados: en los esclavos y en los gladiadores. Era, sencillamente la mejor forma que encontraron los sediciosos de buscarse el favor popular. Lo indica claramente Nicolás (*Bíos* 99):

τούτους οὖν ἔχοντες κατέβαινον ἐκ τοῦ Καπιτωλίου καὶ ἄλλο οἰκετῶν πλῆθος. Συγκαλέσαντες δὲ τὸν δῆμον διάπειραν ἔγωσαν αὐτοῦ καὶ τῶν ἐν τέλει ποιήσασθαι πῶς ἔχουσι γνώμης πρὸς αὐτούς, πότερον ὡς τυραννίδα παύσαντας ἀποδέχοντο ἢ φονέας \*\*\* μειζῶ κακὰ ἀπ’ αὐτῶν ἐκραγήσεσθαι· οὐ γὰρ ἀπὸ μικρᾶς διανοίας καὶ παρασκευῆς γεγενῆσθαι ταῦτα, οὔτε ὑφ’ ὧν ἐπράχθη οὔτε ἐπὶ οὐς ἐβουλεύθη·

Con estos gladiadores y con otro grupo de esclavos bajaron del Capitolio. Convo- caron al pueblo para sondear su opinión y la de sus cabecillas en el conflicto: si los hubieran acogido como libertadores de la tiranía o como asesinos \*\*\* males peores habrían estallado de su parte. Estas acciones se habían previsto tras largas conversaciones durante los preparativos del golpe, tanto por parte de los ejecutores como de los ideólogos.

Los golpistas y estos misteriosos “ideólogos” de que habla Nicolás, tenían muy claro que, a falta de un discurso político constructivo que fuese más allá de una sarta de ideas contra César, una de las formas más prácticas de sentirse seguros en un escenario inestable, era sacar a la calle a los gladiadores, que gozaban de la admiración de la gente, pero también –no lo olvidemos– les causaban terror. Según Paul Veyne, que ha realizado una lectura “social” de la gladiatura romana,<sup>14</sup> no debemos olvidar que los gladiadores son “profesionales de la muerte”, casi todos hombres libres que se habían comprometido voluntariamente con esta actividad mezcla de deporte, de milicia y de verdugos; que estaban siempre dispuestos a actuar, incluso ansiosos por entrar en acción, y que la decisión última sobre la muerte o el perdón del contrincante caído dependía de la voluntad del magistrado que presidía los *ludi*.<sup>15</sup> No cabe duda de que en un combate desigual –fuera del ámbito del teatro o del escenario del combate, cualquiera que sea– y llevadas las armas gladiatorias a las calles de Roma, ni si quiera tenían por qué ser respetados los códigos de honor de los reglamentos de los combates entre profesionales. Por tanto, una turba de gladiadores armados, marchando juntos por las calles de Roma con las espadas desenvainadas, no cabe duda de que formaba un terrorífico ejército, o pseudo ejército, disuasorio. Estas turbas de gladiadores posiblemente fueron vitoreadas por el populacho –con quienes formaban comunión durante los espectáculos– al tiempo que procuraban el temblor de los nobles, al menos de aquellos nobles que *a priori*, estando o no de acuerdo con el asesinato de César, podían estar en “las listas”, o en la mente, de los cabecillas de la conjura.

<sup>14</sup> VEYNE 2009, 485-562.

<sup>15</sup> VEYNE 2009, 488.

La presencia de bandas de gladiadores campeando por Roma no era un fenómeno extraño al ciudadano del año 44. En el siglo I a.C. los *ludi* gladiatorios eran muy populares. Pasado el trance del *Bellum Spartiacum* el senado mandó vigilar de cerca las *scholae* gladiatorias y limitar el poder de los magistrados en la celebración de *ludi*. Había un temor bien fundado en el poder “revolucionario” latente de los gladiadores; y no les faltaba razón. En el año 65 César quiso celebrar un *ludus* gladiatorio fúnebre en memoria de su padre con 320 parejas, pero el senado juzgó excesivo este número y emitió un edicto para limitar el número de gladiadores en este tipo de ceremonias; así, además, se ponía freno a la creciente popularidad de César.<sup>16</sup> Y en el 63 había un temor bien fundado de que Catilina, que había sido derrotado dos veces en las elecciones consulares y se negaba a aceptarlo, reclutase gladiadores para alterar gravemente el orden público. Pero la historia próxima de Roma tenía todavía más fresco en su memoria el protagonismo que tuvieron los gladiadores en las revueltas callejeras promovidas en enero del 52 por Clodio y Milón.<sup>17</sup> Los gladiadores actuaban como si fueran un ejército privado, ya formando parte de las bandas callejeras, ya actuando como verdaderos ejércitos guerrilleros, de uno u otro contendiente.<sup>18</sup> Clodio fue atacado a las afueras de Roma, en la Vía Apia, por Milón, que capitaneaba a unos 300 gladiadores y a un buen número de esclavos armados. Esta fue la última vez que los gladiadores tuvieron un papel tan decisivo actuando *ad modum exercitus*; parece evidente que los conjurados en los idus de marzo de 44 evocaron estos episodios no tan lejanos, y quisieron emularlos.

César, para resarcirse de aquella negativa del senado del año 65 a que celebrase un *ludus*, a su vuelta a Roma, a principios de octubre del año 45, ya triunfador y sin oposición política, «después de vencer a todos,<sup>19</sup> perdonó a cuantos habían tomado las armas contra él —esta actitud es increíble— y para celebrarlo colmó la ciudad de juegos magníficos de gladiadores, espectáculos de naumaquia, de caballería, infantería así como un concurso de elefantes y banquetes durante muchos días», *omnium victor regressus in urbem, quod humanam excedat fidem, omnibus, qui contra se arma tulerant, ignovit, magnificentissimisque gladiatorii muneris, naumachiae et equitum peditumque, simul elephantorum certaminis spectaculis epulique per multos*

<sup>16</sup> MEIJER 2004, 16.

<sup>17</sup> Los conflictos sociales y políticos —muy complicados— pueden seguirse muy bien por el amplio relato de Casio Dion, XXXIX, 6-23, XL, 48 y 55-55. R. Syme dibuja magistralmente el ambiente político: «Reinaban la corrupción y el desorden; la actividad pública estaba paralizada. El año siguiente hizo su entrada sin cónsules. Parecido, pero peor aún, fue el comienzo del 52 a.C., con tres candidatos luchando entre sí con violencias y tumultos callejeros, siendo el principal de ellos el favorito de los *Optimates* T. Annio Milón, un sujeto brutal y sanguinario que había casado con Fausta, la pervertida hija de Sila. Su enemigo, P. Clodio, era candidato a la pretura. Cuando Milón mató a Clodio, el populacho de Roma, afligido por su patrono y campeón, expuso su cadáver en el foro, lo incineró en la pira en la curia y destruyó el edificio en el incendio. Después salió de la ciudad en masa y se dirigió a la mansión de Pompeyo, pidiendo a gritos que fuese cónsul o dictador» (SYME 1989, 63-64). Sobre estos últimos acontecimientos, Cass. Dio XL, 48-49.

<sup>18</sup> Clodio busca el concurso de grupos de gladiadores para su lucha urbana (Cass. Dio XXXIX, 7, 2); para contrarrestarlos, lo mismo hace Milón (Cass. Dio XXXIX, 8,1), y poco después organiza verdaderas bandas estables de gladiadores a su sueldo (Cass. Dio XXXIX, 18,1).

<sup>19</sup> La expresión “vencedor de todos” (*omnium victor*) se refiere a la resistencia militar de los hijos de Pompeyo y de sus adeptos, que fueron vencidos en Munda en el 45, episodio que también trata Nicolás de Damasco, y que hemos estudiado en otro momento (PEREA YÉBENES 2005). Ver también Plut. *Caes.* 56, 7.



*dies dati celebratione replevit eam* (Veleyo, II, 56, 1). El *dictator* pagó con su dinero varios *ludi* gladiatorios, destacando particularmente el *ludus* que protagonizaron en el Foro (*munere in foro*) hombres de familias nobles (*stirpe praetoria*) y hasta algún ex senador (Suet. *Caes.* 39).<sup>20</sup> Sorprendentemente, Livio (*per.* 116), Plutarco (*Caes.* 56-60), y Casio Dion (XLIII, 42 ss.) omiten estos fastuosos espectáculos celebrados en Roma para ganarse el favor de la plebe. Este último, que critica ácidamente a César por estos excesos, se limita a mencionar las carreras de carros, y la excesiva duración de los festejos, cincuenta días (XLIII, 42, 3).

Por tanto, de ningún modo resultaba extraña en Roma la presencia masiva de gladiadores, convocados para un espectáculo.

Pareti asegura que el grupo de gladiadores apostados en el teatro el día de idus de marzo del 44 era una *manus* de 500 hombres, cifra a todas luces exagerada, aun cuando entendamos por *manus* el total de gladiadores contratados para un *ludus*. Además, la fuente principal aducida,<sup>21</sup> Nicolás de Damasco, no hace alusión alguna al número exacto, ni aproximado, de gladiadores que apoyaban a los senadores sediciosos. Al final del párrafo *Bíos* 49 indica que fueron reclutados y concentrados en el Capitolio “algunos gladiadores”.

Inmediatamente después de haber recibido César la sarta de puñaladas que acabó con su vida, Nicolás relata magistralmente las escenas de pavor de los alrededores de la curia pompeyana. Enseguida –nos dice– «se elevó un gran clamor; los que no estaban al corriente de la conspiración huían de la curia, temiendo también una desgracia para ellos. Aquellos amigos de César que se habían quedado fuera pensaban que todo el Senado había colaborado en el magnicidio y que este golpe de mano tenía detrás un gran ejército; los que ignoraban qué había pasado realmente corrían por la calle escapando del tumulto que se había organizado de improviso y de cuantos veían a su alrededor: los asesinos que huían rápidamente de la curia con los cuchillos ensangrentados. Por todos sitios había gente que huía dando gritos» (*Bíos* 91). Y a renglón seguido, añade Nicolás (*Bíos* 92):

ἐξανέστη δὲ καὶ ὁ δῆμος οὐδενὶ σὺν κόσμῳ φεύγων ἐκ τοῦ θεάτρου (ἐτύγχανε γὰρ θεώμενος μονομαχίας), τὸ μὲν πραχθὲν βεβαίως οὐκ εἰδώς, ὑπὸ δὲ τῆς πάντοθεν βοῆς παραττόμενος. οἱ μὲν γὰρ ἔφασαν τὴν σύγκλητον ὑπὸ τῶν μονομάχων σφάττεσθαι, οἱ δὲ Καίσαρος ἀποσφαγέντος τὴν στατιὰν ἐφ’ ἀρπαγὴν τῆς πόλεως τετράφθαι, ἄλλοι δὲ ἄλλα ὑπελάμβανον.

También llegó la inquietud a la gente que asistía a un espectáculo de gladiadores, pues oían gritos que llegaban por todas partes, y salieron atropelladamente del edificio, sin saber exactamente qué había sucedido. Algunos decían que los gladiadores mataron a los senadores, otros que César había sido asesinado y que el ejército estaba saqueando la ciudad.

Esta confusión del pueblo, naturalmente, podía ser comprendida por los conjurados, pero no compartida, pues enseguida Marco Bruto –que sabía muy bien que ni

<sup>20</sup> Sobre César y los juegos gladiatorios, KÖHNE 2000, 16-17.

<sup>21</sup> PARETI 1955, 350, n. 5.

los gladiadores habían matado a César ni el ejército estaba saqueando Roma— instó a los ciudadanos a recobrar la calma, ocultando, obviamente, su papel en este guión macabro; y alzando la voz se vanagloriaba de que «no era un hecho tan grave haber dado muerte a un tirano» (Nic. Damasc. *Bíos* 92).

Parece obvio que las palabras de Bruto no calmaron a la gente, pero sirvieron para cubrir la huida de los senadores que aún tenían las manos ensangrentadas, como indica Nicolás, *Bíos* 94:

... οἱ σφραγεῖς ἔφευγον θέοντες διὰ τῆς ἀγορᾶς εἰς τὸ Καπιτώλιον γυμνὰ ἔχοντες τὰ ξίφη, ὑπὲρ κοινῆς ἐλευθερίας ταῦτα βοῶντες εἰργάσθαι. εἶπετο δ' αὐτοῖς πολλὸς μονομάχων καὶ οἰκετῶν ὄχλος ἐπ' αὐτὸ τοῦτο εὐτρεπῆς.

... los conjurados escaparon, atravesando el foro, y se dirigieron al Capitolio, con los puñales desenvainados, gritando que habían actuado por la libertad de todos; les seguía una caterva de gladiadores y de esclavos adiestrada para el momento.

El nerviosismo de los golpistas, que no se hicieron con las riendas de la situación en ningún momento, se extendía por toda la ciudad, y continuó en los días siguientes. En efecto, Nicolás indica (*Bíos* 49) que, tras el asesinato de César, los cabecillas de los conjurados, Bruto y Casio, «ocuparon el Capitolio, poniéndolo bajo su control y llamando a los esclavos para que lucharan a su lado a cambio de la libertad», σφραφεῖς κατειληφότας τὸ Καπιτώλιον φρουρεῖν τοὺς τε δούλους καλεεῖν ἐπ' ἐλευθερίᾳ συμμάχους (*Bíos* 49). La misma noticia la aportan más sucintamente Velleo, II, 58, 1-2: *Hi una cum coniurationis globo, stipati gladiatorum D. Bruti manu, Capitolium occupavere* («De acuerdo con el grupo de conjurados, escoltados por un tropel de gladiadores de Décimo Bruto, ocuparon el Capitolio»), y Apiano, *B.Civ.* II, 120: οὕτω δ' ἔχοντες τὸ Καπιτώλιον σὺν τοῖς μονομάχοις ἀνέθορον («En este estado de ánimo subieron al Capitolio en compañía de los gladiadores»). Este último añade que Casio y Marco Bruto marcharon hacia el foro y lanzaron arengas al público aludiendo explícitamente a su honorabilidad, y felicitaron a la ciudad por haber sido liberada, «y agradecieron públicamente a Décimo Bruto por haberles procurado a los gladiadores en un momento tan oportuno», καὶ Δέκμῳ μάλιστα ἐμαρτύρουν, ὅτι τοὺς μονομάχους σφίσιν ἐν καιρῷ παράσχοι (*App. B.Civ.* II 122).<sup>22</sup> Apiano indudablemente conoce y expurga el texto de Nicolás.<sup>23</sup>

Aunque los conjurados no tuvieron apoyo incondicional de la plebe, la concentración de esclavos y gladiadores, que habían ocupado el Capitolio, era verdaderamente peligrosa. Ante la situación, Antonio convocó al senado en el templo de Tellus, que estaba próximo a su casa, antes del amanecer, ἔπι πρὸ ἡμέρας.<sup>24</sup> La convocatoria nocturna expresa bien los momentos de tensión, e igualmente el lugar de la reunión.

<sup>22</sup> FERRIÉS 2007, 171, n. 31.

<sup>23</sup> Tras conocer el profuso estudio de Michael Kober (2000, *passim*), que analiza minuciosamente los primeros años de vida política de Octaviano en las obras de Nicolás, Velleo y Apiano, no ha de resultarnos extraño que sean precisamente estos tres historiadores quienes hablan con mayor detalle de la intervención de los gladiadores en el magnicidio del día de idus de marzo del 44. Sin duda, los dos segundos toman como fuente a Nicolás, también, para el relato del asesinato de César (cf. KOBER 2000, 43-45).

<sup>24</sup> *App. B.Civ.* II 126; GRATTAROLA 1990, 18.

La razón, en boca del propio Antonio no es otra que el miedo «a bajar al edificio del senado, que estaba al pie del Capitolio, porque los conspiradores contaban con la cooperación de los gladiadores, y tampoco quiso perturbar a la ciudad metiendo en ella al ejército», οὔτε γὰρ ἐς τὸ βουλευτήριον ἐθάρρει κατελθεῖν, ὑποκείμενον τῷ Καπιτωλίῳ, τῶν μονομάχων ὄντων ἐκείνοις συνεργῶν, οὔτε στρατιὰν ἐσαγαγὼν ἐς τὴν πόλιν διαταράξαι (App. B.G. II 126).

El conjunto de estos movimientos indica que los conjurados no tuvieron la respuesta social esperada. Su temor se acrecentó cuando tuvieron noticias de que los soldados veteranos, asentados como colonos en las ciudades próximas, habrían expresado su intención de sumarse a las tropas “constitucionales” de Lépido (*magister equitum* de César) y al cónsul Antonio.<sup>25</sup> Y sería en estas circunstancias difíciles, organizando ya la huida de la Urbe, cuando, según Nicolás, los magnicidas «muy menguados en número, habían reclutado a algunos gladiadores y a otros que habían estado manifiestamente en contra de César y que habían favorecido la conjura» (ἐκείνους δὲ μονωθέντας μονομάχους τινὰς ἀθροίζειν καὶ ἄλλους, οἷς ἦν ἀκήρυκτος ἔχθρα πρὸς Καίσαρα, οἱ τῆς ἐπιβουλῆς ἐκοινώνουν). Estos gladiadores serían –cabe pensar, lógicamente– una parte de los mismos que el mismo día del asesinato de César fueron contratados por Décimo Bruto para que actuaran o dieran cobertura a los asesinos en el teatro y su inmediaciones.

\*\*\*

Al haber reunido este conjunto de textos, relativos al papel de los gladiadores y de los esclavos en los idus de marzo del 44, he querido, en primer lugar, reivindicar el relato de Nicolás de Damasco sobre los últimos días de César, pero también hacer una lectura social del magnicidio, pues hemos visto que los conjurados tenían muy clara en su mente la idea de la muerte del “tirano” (en sus palabras) pero que carecieron de una estrategia de captación o de apoyo social en la Urbe. En el torbellino de los acontecimientos, e improvisadamente, trataron de paliar la falta de simpatía popular ganándose el apoyo de las clases más bajas de Roma, a saber: a los gladiadores (a los que captaron pagando sus servicios) y a los esclavos (a los que prometían la libertad, si, tras el golpe, la balanza política les era favorable).

La nefasta experiencia de las incursiones/intervenciones de los gladiadores en distintos experimentos políticos subversivos del siglo I a.C., necesitaba, obviamente, que se dotase a los *ludi* de un reglamento, comenzando por mermar la capacidad de los magistrados para organizarlos. Como recuerda oportunamente Fik Meijer, «hasta mediados del s. I a.C. existía una clara separación entre los juegos organizados por el Estado y los *munera* ofrecidos por las personas privadas. Pero esta línea de separación era cada vez más tenue y faltaba poco para que llegara el día en que los magistrados llegaran a organizar combates gladiatorios a expensas del Estado. Esto fue lo que ocurrió en abril del año 42 a.C., en un momento en que se respiraba una situación política particularmente confusa»<sup>26</sup> pues aún no se había resuelto el conflicto

<sup>25</sup> GOLTZ HUZAR 1978, 82.

<sup>26</sup> MEIJER 2004, 16.

político-bélico con los asesinos de César, y la experiencia con los gladiadores en el día de los idus de marzo aún debía estar presente en la memoria. Sólo superados los años conflictivos del final de la República, Augusto realizó una reglamentación nueva para los *ludi* gladiatorios.<sup>27</sup>

Este trasfondo social de Roma el día de los idus de marzo del 44, desdibujado en muchos autores antiguos y modernos, admite en Nicolás una lectura “pedagógica”, tan grata a este intelectual:<sup>28</sup> toda acción de la gente sin educación, del populacho aquí representado en gladiadores y esclavos, está condenada al fracaso. Y pone en evidencia la falta de preparación intelectual de los “cerebros” de la conjura,<sup>29</sup> que justificaban el asesinato de César diciendo que lo hacían para poner fin a “una tiranía”, al tiempo que ellos, todavía con las manos manchadas, actuaron desde el primer momento según el *modus operandi* típico de los tiranos griegos,<sup>30</sup> comprando los servicios de espadas mercenarias de los gladiadores, ofreciendo la libertad a los esclavos e intentando “secuestrar” al senado.<sup>31</sup> Por tanto, para Nicolás, en el relato de los idus de marzo del 44, también es causa importante del fracaso de los golpistas su falta de cultura política, su penuria intelectual y la ignorancia de la Historia y de sus lecciones.

Alguien que defienda una idea contraria –es decir, que hubiese detrás de la conjura uno o varios autores intelectuales de altura– puede argumentar que Cicerón estuvo o pudo estar en la trastienda del complot o incluso que fuera su instigador moral. Algunos historiadores recientes de Cicerón, ni si quiera se lo plantean,<sup>32</sup> limitándose a traer los textos de Cicerón (*Ad Att.* XIV, 17<sup>a</sup>, 5; *Phil.* II, 30) en los que éste cambia o matiza su opinión sobre el asesino Bruto, y otros textos (*Phil.* II, 116; *Sobre los debe-*

<sup>27</sup> Pasaron a ser monopolio del emperador y un vehículo excelente de propaganda política. En Roma las iniciativas de los ricos para organizar juegos no solían prosperar, pues temían que el éxito despertase los celos del propio emperador. En las provincias había más posibilidades de *ludi*, asociados a ceremonias de culto imperial. Augusto se vanagloriaba de haber dado al pueblo los juegos más variados y magníficos que todos sus predecesores (Suet. *Aug.* 43; y sobre todo *Res Gestae* XXII 1 y 3). Elaboró un reglamento y un calendario “deportivo” anclado en el religioso. Para más detalle: JUNKELMANN 2000, especialmente 35-38; KÖHNE 2000, 17-19; MEIJER 2004, 20-22.

<sup>28</sup> WACHOLDER 1962, especialmente 14-36, sobre su vida y su labor intelectual. Más recientemente: PEREA YÉBENES 2011.

<sup>29</sup> Para el supuesto “epicureísmo” de los conjurados, y su crítica, ver CANFORA 2000, 321-330. Recomiendo igualmente las brillantes páginas escritas por Benjamin Farrington sobre el epicureísmo estoico, o el estoicismo epicúreo, de Cicerón, publicadas en Hormigón, ed. (FARRINGTON 1976).

<sup>30</sup> Dionisio de Halicarnaso, que escribe en época augustea, presenta en el texto *Antiq.* VII, 7-8, personalizado en el acceso al poder del tirano Aristodemo de Cumas (504 a.C.), un catálogo “anti-ético” del golpe de Estado tiránico: irrupción en el edificio del senado (*bouleuterion*) con las espadas escondidas bajos los mantos, degollación de los aristócratas, liberación de las cárceles de presos, constitución de un cuerpo de guardia propio en torno a su persona, convocar al pueblo para justificar su acto, promesa de distribución de tierras, matar a los ciudadanos sospechosos de mantener o de recuperar el régimen recién abolido, dar armas a los esclavos y a los mercenarios, eliminar la estatuas de los hombres a los que había dado muerte, confiscación de sus bienes y persecución de sus familias. En fin, es un verdadero manual del golpista, del “tirano”, muchos de cuyos pasos podrían aplicarse perfectamente a los cesaricidas. Un buen comentario sobre el texto de Dionisio, en DOMÍNGUEZ MONEDERO *et alii* 1999, 154-168.

<sup>31</sup> Lo que fue evitado por la acción de Antonio de no arredrarse, acudir a la cita, y cambiar la ubicación de la sesión.

<sup>32</sup> Cf. PINA POLO 2005, 58-362.

res, III, 83) en los que el Arpinate, un hombre siempre contradictorio y acomodaticio en su pensamiento y en su acción política, opina sobre César, ya difunto. En la misma línea, Casio Dión presenta un largo excursus –puesto en boca del mismísimo Cicerón– inmediatamente después de la muerte de César, y cuando los asesinos acababan de tomar el Capitolio. Antonio reunió al senado –como se ha visto antes– en el templo de Tellus, y allí es donde, según Casio Dión, los senadores oyeron los consejos de Cicerón. El largo discurso, a mi juicio apócrifo, que se lee en Cass. Dio, XLIV 23-33, es un verdadero panfleto político. Este Cicerón cínico aconseja a los senadores: «Considerad lo que ha ocurrido –es decir, el asesinato de César– como si hubiera tenido lugar una granizada o una inundación y entregadlo al olvido. Y volviendo a trataros ahora los unos a los otros, ya que sois vecinos, conciudadanos y parientes, vivid en concordia» (Cass. Dio, XLIV, 32). Es decir, “borrón y cuenta nueva”. Dión añade poco después que «con sus palabras Cicerón persuadió al senado para que votaran no tomar represalias contra nadie». Lo que Cicerón pedía en realidad –disfrazadas sus intenciones en un discurso moral lleno de contradicciones pronunciado ante Antonio– era salvar su pellejo si los conjurados no controlaban la situación. En los meses posteriores, en las cartas dirigidas a su amigo Ático, Cicerón se lamentaba de que los conspiradores –con los que simpatiza abiertamente– llevaran a término el asesinato de César “con alma varonil, pero con planificación infantil” (*Ad Att.* XIV, 21, 3); y sugiere incluso que también Antonio debía haber sido eliminado. En algunas de las cartas que dirigió a Antonio, ya alejado Cicerón de Roma por precaución, el orador le deja entrever su animadversión, casi tanta como había tenido hacia César.<sup>33</sup>

Por su parte, Canfora, en un jugoso capítulo titulado “¿Cicerón promotor de la conjura?”,<sup>34</sup> recuerda oportunamente el fragmento ciceroniano *Phil.* II, 28 y 30, en el que Antonio, en la sesión que el senado celebró el 19 de septiembre del 44, pronunció la célebre acusación: “Marco Bruto, que aquí nombro para manifestarle todo mi respeto, levantando el puñal todavía manchado de sangre de César, invocó el nombre de Cicerón y le dio gracias por la restaurada libertad”.<sup>35</sup> De este texto se colige que Cicerón estaba al tanto de todo. En un primer momento éste reconoció que eso fue así, o al menos no lo negó, aunque luego trató de matizar, disimular y salir al paso con la acusación a Antonio de que él (Antonio) el año anterior había hecho un intento de matar a César.

<sup>33</sup> Sobre la ideología y movimientos de Cicerón en el último año de su vida (de los idus de marzo del 44 al 7 de diciembre del 43, día que fue asesinado) remito a PINA POLO 2005, 363-397; para un análisis del papel de los conjurados como aristocracia “contra-aristocrática”, de la que formaba parte Cicerón “en la sombra”, vid. UTCHENKO 1978, 259-284; para un análisis de la correspondencia ciceroniana en estos momentos, SHACKLETON BAILEY 1971, 216-236; para el ambiente de oposición política recomiendo el antiguo estudio de PARETI 1956, y las ineludibles páginas *ad hoc* de R. Syme, en su magistral *La revolución romana* (SYME 1989, todo el capítulo VI).

<sup>34</sup> CANFORA 2000, 345-349.

<sup>35</sup> *Phil.* 28: *At quem ad modum me coarguerit homo acutus, recordamini. 'Caesare interfecto', inquit, 'statim cruentum alte extollens Brutus pugionem Ciceronem nominatim exclamavit atque ei recuperatam libertatem est gratulatus'; y 30: Sed stuporem hominis vel dicam pecudis attendite. Sic enim dixit: 'Brutus, quem ego honoris causa nominio, cruentum pugionem tenens Ciceronem exclamavit; ex quo intellegi debet eum conscium fuisse'.*

En fin, no sabemos si Cicerón estuvo en la urdimbre del asesinato de César (como sugiere sin disimulo Shakespeare en las primeras escenas de su *Julius Caesar*), ni tampoco podemos asegurar que estuviera presente en el senado el día de autos. Verosímilmente, ninguna de las dos cosas.<sup>36</sup> También debió estar al margen de la contratación preventiva de un nutrido grupo de gladiadores que debía vigilar apostado en las proximidades del Pórtico. Resulta inimaginable la escena de ver a Cicerón pactando a hurtadillas el precio de sus servicios con una pandilla de asesinos profesionales.<sup>37</sup> No le correspondían a él estos detalles “sucios” que, además, en caso de ser descubierto, le habrían implicado directamente en la urdimbre de la conspiración. Pero, ¿tenía noticia de la conjura y no acudió al senado ese día previendo el peligro que suponía su fracaso *in situ*? No podemos saberlo. Pero cuando se enteró de la noticia de la muerte de César, dijese lo que dijese en sus insufribles y retorcidos discursos, por dentro se sentía profundamente feliz; y presto asumió –posiblemente más a título personal que político– la “paternidad moral” del asesinato. Algo muy cómodo cuando dejas que otros se manchen las manos de sangre por ti, viendo, en la distancia, con caución y miedo, cómo son saciados tus propios e íntimos rencores. Se desató una guerra fría de mensajes e invectivas cruzadas –explícitas o anónimas– entre Cicerón y Antonio, hasta hacer irrespirables, y abiertamente hostiles, sus relaciones personales y sus contrapuestas opciones políticas. Pero, como precisa Canfora, el obstinado error de Cicerón fue no haberse percatado de que estaba asistiendo, y siendo protagonista, de un cambio de época, «o tal vez no se había resignado a aceptar que precisamente César fuera el protagonista y el beneficiario. Por eso no le pareció insensata, sino legítima, y sobre todo políticamente plausible, la iniciativa homicida de los “liberadores”. Estaba “predispuesto” para ella»<sup>38</sup>. En todo caso, “el universo” político y el pensamiento ciceroniano respecto al asesinato de César es *posterior* al día de idus de marzo. La “intelectualización” del crimen no existe en la trama que lo precedió; es una impostación; aun cuando hubo por parte de Cicerón “un dejarse querer” en un primer momento por los conjurados (como se deduce del citado texto *Phil.* II, 28 y 30), hasta que se percató del error de “apostar a órdago” a la sola carta de unos golpistas con muchas y vehementes razones para el asesinato, pero con poco o nulo proyecto político de futuro. Cicerón no es el ideólogo del magnicidio; y mucho menos el titiritero que manejara los hilos de los gladiadores y esclavos, moviéndolos de un lado a otro de la Urbe para dar “cobertura popular”, de una manera u otra, a los criminales; fue el ideólogo del fracaso del magnicidio; una araña al acecho, víctima de su propia y pegajosa tela.

---

<sup>36</sup> Cf. ROSSI 1953.

<sup>37</sup> Sobre los gladiadores y su profesión, no como deportistas, sino como verdaderos “asesinos”, remito al muy sugerente y recentísimo estudio de KNAPP 2011, capítulo 8 completo.

<sup>38</sup> CANFORA 2000, 349.

## BIBLIOGRAFÍA

- BAÑOS BAÑOS, J. M. (1998): “Las idus de marzo del año 44”, [en] C. López de Juan – D. Plácido (eds.), *Momentos estelares del mundo antiguo*, Madrid, 115-142.
- CANFORA, L. (2000): *Julio César, un dictador democrático*, Barcelona.
- DANDO-COLLINS, ST. (2010): *The Ides: Caesar's Murder and the War for Rome*, Hoboken, N.J.: John Wiley.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. – PLÁCIDO, D. – GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. – GASCÓ, F. (1999): *Historia del mundo clásico a través de sus textos. I. Grecia*, Madrid, 1999.
- FARRINGTON, B. (1976): “Epicúreos y estoicos”, [en] J. A. Hormigón (ed.), *Julio César (La ambición del Poder)*. *Shakespeare*, Madrid, 1976, 60-68.
- FERRIÈS, M. C. (2007): *Les partisans d'Antoine (Des orphelins de César aux complices de Cléopâtre)*, Bordeaux.
- GOLDSWORTHY, A. (2006): *César. La biografía definitiva*, Madrid.
- GOLTZ HUZAR, E. (1978): *Mark Antony. A Biography*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- GRATTAROLA, P. (1990): *I cesariani dalle idi di marzo alla costituzione del secondo triumvirato*, Torino.
- JACOBY, F. (1961): *Die Fragmente der Griechischen Historiker*, Leiden.
- JUNKELMANN, M. (2000): “*Familia Gladiatoria: The Heroes of the Amphitheatre*”, [en] E. Köhne – C. Ewigleben (Hrg.), *Gladiators and Caesars. The Power of Spectacle in Ancient Rome*, London, 31-74.
- KNAPP, R. C. (2011): *Los olvidados de Roma: prostitutas, forajidos, esclavos, gladiadores y gente corriente*, Barcelona.
- KOBER, M. (2000): *Die politischer Anfänge Octavians in der Darstellung des Velleius und dessen Verhältniss zur historiographischen Tradition: ein philologischen Quellenvergleich: Nicolaus von Damascus, Appianus von Alexandria, Velleius Paterculus*, Würzburg.
- KÖHNE, E. (2000): “Bread and Circuses. The Politics of Entertainment”, [en] E. Köhne – C. Ewigleben (eds.), *Gladiators and Caesars. The Power of Spectacle in Ancient Rome*, London, 8-30.
- MEIJER, F. (2004): *Un giorno al Colosseo. Il mondo dei gladiatori*, Roma.
- MONTERO HERRERO, S.  
(2000): “Los prodigios en la vida del último César”, [en] Urso (ed.), 2000, 231-244.  
(2006): *Augusto y las aves. Las aves en la Roma del Principado: prodigio, exhibición y consumo*, Barcelona.
- MONTERROSO CHECA, A. (2010): *Theatrum Pompei. Forma y arquitectura de la génesis del modelo teatral de Roma*, Madrid.
- PARENTI, M. (2005): *El asesinato de Julio César. Una historia del pueblo de la antigua Roma*, Hondarribia.
- PARETI, L.  
(1955): *Storia di Roma e del mondo romano*, vol. IV, Torino.  
(1956): “L'opposizione e la fine di Cesare”, [en] *Cesare nell bimillenario della morte*, Roma, 195-214.

PEREA YÉBENES, S.

(2005): “La batalla de Munda, César, y el primer viaje de Octaviano a Hispania, según el testimonio de Nicolás de Damasco”, *Gerión* 23/2, 7-18.

(2006): *Nicolás de Damasco. Vida de Augusto*, Madrid.

(2011): “Nicolás de Damasco, un intelectual singular en la corte de Herodes y en la Roma de Augusto”, [en] Urso (ed.), *Dicere laudes. Elogio, comunicazione e creazione del consenso. XII Convegno Internazionale Fondazione Niccolò Canussio, Cividale del Friuli*, Pisa, 2011, 205-252.

PINA POLO, F. (2005): *Marco Tulio Cicerón*, Barcelona.

PLATNER, S. B. – ASHBY, TH. (1929): *A Topographical Dictionary of Ancient Rome*, London.

RODRÍGUEZ-NORIEGA, L. (1998): *Ateneo: Banquete de los eruditos. Libros III-V*, Madrid.

ROSSI, R. F. (1953): “Bruto, Cicerone e la congiura contro Cesare”, *PP* 8, 26-47.

SHACKLETON BAILEY, D. R. (1971): *Cicero*, London.

SYME, R. (1989): *La revolución romana*, Madrid.

URSO, G. (ED.), (2000): *L'Ultimo Cesare. Scritti, riforme, progetti, poteri, congiure*, Roma.

UTCHENKO, S. L. (1978): *Cicerón y su tiempo*, Madrid.

VEYNE, P. (2009): *El Imperio grecorromano*, Madrid.

WACHOLDER, B. Z. (1962): *Nicolaus of Damascus*, Berkeley-Los Angeles.